

SIN NINGUNA IMPORTANCIA



EN Alabama,—ahí nos las den todas, querido lector—los casados, ante la irresistible tiranía de sus respectivas esposas, han decidido ir a la huelga. Habrá que verlos recorriendo las calles detrás del banderín de guerra y profiriendo frases alusivas con el decidido propósito de mortificar a sus consortes. Lo que ellos quisieran es que triunfasen las ideas varoniles, si quiera una vez, y que dejásemos de repetir, con espíritu de servidumbre, que si en alguna ocasión se le ocurre a nuestra esposa pedirnos que nos arrojemos de un tejado, plugue a la providencia que sea bajo.

Sabíamos que al elegir un traje, por ejemplo, cambiamos de parecer, como cambia de color un camaleón, cada vez que una nueva razón de nuestra costilla nos agujerea la mollera.

Querido, ¿no quieres que vayamos al teatro? Pon en aquella comedia que a ti te gustó tanto.

—Pues es verdad, pero considera que estamos a final de mes y...

—Bueno, sí; pero fíjate que si vamos a una sola función nos costará veinte pesetas la butaca, mientras que si vamos a dos nos resultará a quince. Ahí tienes una ganancia de diez pesetas por persona en un abrir y cerrar de ojos. Vosotros los hombres no reparáis en tan importantes detalles. ¿Qué te parece?

—Pues que no había caído en ello, esta es la verdad. Nada, nada; vamos a ganarnos esas diez pesetas por barba. Ocasiones como éstas no se presentan todos los días.

—¿Verdad que he tenido una buena idea?

—Magnífica, magnífica.

La verdad es que el ingenio y la ponderación se han ido, la mayoría del tiempo con ellas. Toda una juventud estudiando cálculo infinitesimal, en cuyas resoluciones perdimos media vista, para que luego una señorita, graciosa conjunción de todos los dones del cielo, venga a recoger, con sus encandoras manitas, el fruto de tantos desvelos. Es decir, que sales de una asignatura difícil y te metes en otra peor.

Sin embargo hay que reconocer que el hombre no empieza a tener una vida perfecta hasta que no le leen la epístola de San Pablo. Es cierto que al mismo tiempo empieza a perder lo que él llamaba su libertad, pero váyase lo uno por lo otro.

—¡Ay!, Isa. No quisiera decirte que siempre me has de poner el chocolate para que me escalde.

—¿Para que te escaldes, Lolo? ¡Ay, Dios mío!, qué desgraciada soy y tú cuán injusto y cruel con tu mujercita. Cuando dices eso es porque tienes el decidido propósito de mortificarme. Eso es, mortificarme.

Isa, con un gesto de víctima propiciatoria, coge la taza de su es-

poso y toma un pequeño sorbo con sus breves y carnosos labios. Su cuerpo, su bello cuerpo hace unos leves movimientos como si por la vía ingesta hubiera tragado algún pequeño reptil. A continuación, aparecen en sus lindos ojitos como dos pequeñas lágrimas cuajadas.

—Y tener el valor de decirme que esto está caliente. ¡Ay, virgencita mía, qué desgraciada soy! Está frío, frío y bien frío, Lolo. Ya no quieres a tu mujercita; no, no la quieres...

—Bueno, Isa, no te pongas así, mujer. Debo haberme equivocado. Y, Lolo, para deshacer aquel equívoco, se atiza media taza entre pecho y espalda. En seguida, se levanta y corre al dormitorio, igual que si le hubiera picado un alacrán. Su mujercita le sigue toda alarmada y al verle los ojos llenos de gruesas y escandalosas lágrimas, le dice:

—No llores más, Lolo mío. Ya sé que eres bueno y que te arrepientes de haberme disgustado. Otro día calentaré más el chocolate, Lolo.

—¡Oh!, Isa, no sé cómo he de pagarte tus desvelos.

Y le dá unas palmaditas sobre la tersa piel de sus encantadoras mejillas.

Bueno; pues estas cosas no las entienden los hombres de Alabama. Desde luego, la sensibilidad europea está muy por encima de todas las razas y éstas no llegan a comprender que el arte supremo de la convivencia es ceder todos los derechos y opiniones al vecino de enfrente, cuanto más a nuestra propia mujer. Un europeo exquisito no se atreverá nunca a llevarle la contraria a su mujer. No es por nada, pero esto es lo exquisito.

Y esto, no obstante, los casados de Alabama se han echado a la calle y las recorren a los gritos de: ¡Abajo la tiranía de nuestras esposas! ¡Que hagan las camas y barran ellas! ¡Ya estamos hartos de oírles estupideces y de tomar las viandas oliendo a quemadas!

Mientras tanto, ellas están tomando datos detrás de los visillos y ni chistan a estas groserías; solamente procuran hacerles guiños a sus respectivos maridos a ver si consiguen atraerlos al hogar porque bien saben ellas que como consigan dividirlos, se les van a caer los chalecos.

Ahora, que ellos, hasta el presente se mantienen fuertes y no dejan de beber buenos tragos de ginebra para sostenerse firmes en sus conclusiones que son, sin ambages ni rodeos, recabar la suprema autoridad para ellos.

¡Qué tontos! Como si la autoridad no tuviera quebrantos. Nosotros, en ese aspecto, somos más listos y lo tenemos todo resuelto porque al día siguiente de nuestro casamiento hacemos entrega a nuestra mujercita de todo el timón de la casa, sin perjuicio claro está, de que también se apodere ella del que utilizamos para la calle. Y todos tan contentos, aunque nos abrasen con sus chocolates y sigamos ingiriendo las comidas sabiendo a quemadas. ¡Pobrecitas! ¡Ay! ¡Infames hombres de Alabama!

MARIANO E. CARDENAL

Amor Amarus

Lo mismo que a la Virgen se venera
te veneraba yo y en ti creía.

Por adorarte pura hasta ser mía

ni una vez te besé, ni una siquiera.

Tuyas eran mi vida y mi alma entera,

que con alma y con vida te quería...

Supe que era tu cuerpo mercancía

presta a entregarse al que pagar quisiera.

¡Y aún te quise! Lloraba por perderte

cuando tu carne desgarró mi acero.

¡Y aún te quiero! Te quiero hasta la muerte

con la pureza del amor primero:

que, cuando más quisiera aborrecerte,

más te quiero querer y más te quiero.

FRANCISCO BELMONTE